

Los nacionalismos en la desintegración de Yugoslavia

Cesáreo R. Aguilera de Prat*

LOS ANTECEDENTES: EL YUGOSLAVISMO TITISTA.

Es ya un tópico a la hora de analizar la destrucción violenta de Yugoslavia recordar su carácter “artificial” como Estado al surgir en 1918 (el “Reino de los Serbios, los Croatas y los Eslovenos”). De entrada, hay que señalar que *todos* los Estados tienen ese rasgo (otra cuestión es la de su mayor o menor tradición histórica y el grado de consenso social alcanzado) y, a continuación, que Yugoslavia (literalmente “los eslavos del sur”) plasmó el deseo de la gran mayoría de los dirigentes serbios, croatas, eslovenos, macedonios y montenegrinos a la unificación en un Estado común (Garde, 1992; Peroche, 1992).

Es cierto que el Estado yugoslavo de 1918 no se hizo desde bases igualitarias al imponerse la hegemonía serbia, facilitada por disponer de un Estado propio desde 1878. Así, por una parte, la Monarquía de los Karageorgevitch se subordinó a las grandes potencias imperialistas del momento y, por otra, amplió el foso interterritorial y social entre los pueblos yugoslavos. Pese a la sustancial identidad lingüística de la gran mayoría de sus *etnias* (exceptuando tan solo a las no eslavas, como albaneses y húngaros, por ejemplo), apenas cristalizó un sentido de pertenencia e identidad comunes en el nuevo Estado que, además, adoptó casi de inmediato una estructura autoritaria extremadamente conservadora. Así pues, ni el nacionalismo gran-serbio ni la dictadura reaccionaria podían ser las mejores bases para forjar un consenso cívico general hacia el nuevo Estado. En otras palabras, resultó constatable un malentendido histórico de fondo sobre *Yugoslavia* pues para eslovenos

*Profesor de Ciencia Política, Universitat de Barcelona

y croatas se trataba de una creación paritaria para su plena afirmación nacional, mientras que para los serbios la nueva entidad realizaba su designio nacional de reunir a su comunidad en un solo Estado que ampliaba el que ya poseían (Ramonet, 1993).

La segunda guerra mundial tuvo un coste humano enorme para Yugoslavia a causa de la ocupación nazi y de las ilimitadas violencias de los fascistas locales. Precisamente, los *ustachis* croatas del régimen-títere de Ante Pavelic, aliado de los nazis, inauguraron la siniestra política de “limpieza étnica” contra los serbios, imponiendo un macabro genocidio. En menor medida, los extremistas reaccionarios serbios (los *chetniks*) practicaron una política similar. En este terrible contexto de odio y destrucción sobresalió el PC como la única alternativa emancipadora. Las milicias comunistas, eficazmente dirigidas por el entonces comandante partisano Tito, desarrollaron una doble guerra de liberación nacional (contra el ocupante alemán) y de revolución social (contra los reaccionarios yugoslavos). La resistencia del FLN dirigido por el PC se acabaría imponiendo con efectos externos e internos: su contribución fue importante para debilitar al nazismo en el contexto internacional y, a la vez, fue capaz de conquistar plenamente la hegemonía en Yugoslavia. Pese a las reservas soviéticas (Stalin), Tito proclamó la república Popular Socialista y Federativa de Yugoslavia en 1945, al finalizar la Liberación. Decisión revalidada masivamente por los ciudadanos al otorgar el 90% de los votos al FLN antes de concluir ese mismo año.

Yugoslavia salió de la contienda económica y socialmente destruida, pero con un firme liderazgo político (Tito) y una sólida organización vertebradora del poder (el PC). La ruptura con Stalin (1948) reforzó aún más el carisma del principal dirigente del país como héroe nacional suprapartidista. Yugoslavia se convirtió así en el Estado más peculiar del socialismo real: fruto de una revolución autóctona (caso único en la Europa del Este), vía propia, independiente, frente a la “patria del socialismo” (el “no-alineamiento” internacional y la aproximación política al Tercer Mundo) y ensayo “autogestionario” (autonomía económica y cultural, pero no política) y descentralizador (federalismo territorial, pero con partido único). En otras palabras, el titismo quiso ser una suerte de “tercera vía”, un proyecto de comunismo nacional sin soviétización (Eguigaray, 1991).

En realidad, la ruptura con la URSS no fue ideológica, sino política: la teorización “autogestionaria” es posterior y se hizo para revestir doctrinalmente aquel hecho. Este modelo flexibilizó la planificación centralizada, pero reservó al Estado (monopartidista) las decisiones fundamentales (Vara, 1991). Así pues, el *socialismo de autogestión* no fue más que una variante descentralizada del sistema del *socialismo real* y acabó favoreciendo a los intereses de los dirigentes locales. La LCY (Liga Comunista Yugoslava) era el elemento de cierre que operaba completamente incontrolada por encima, en virtud del intocable principio del papel de *vanguardia* oficialmente institucionalizado (Dimitrijevic, 1992).

El federalismo del *socialismo real* funcionó, a su vez, como variante del Estado unitario descentralizado (regional) por la existencia del partido único y del principio del centralismo democrático. Los comunistas siempre tuvieron un punto de vista

instrumental tanto de la cuestión nacional (elemento de movilización y de extensión de su influencia, antes y después de tomar el poder) como del federalismo (simple técnica administrativa y no medio para la distribución pluralista del poder). No obstante, Yugoslavia fue al respecto un caso atípico en el *socialismo real* ya que las élites locales fueron realmente compensadas con la fórmula de la autogestión: siempre que la dirección monocrática no fuese contestada, el margen de maniobra de las diferentes Repúblicas fue apreciable.

La tolerancia cultural favoreció el desarrollo -siquiera larvado- de los nacionalismos y la autogestión y acentuó el contraste norte/sur en términos de desarrollo : a principios de los ochenta Eslovenia y Croacia tenían una renta *per capita* superior en 100% y 23% respectivamente al resto de la Federación. En Kósovo el 24% de la población activa pertenecía al sector primario mientras que en Eslovenia solo el 8% (Gómez Serrano, 1991). Con todo, las fronteras interétnicas no eran rígidas y la movilidad de residencia y trabajo bastante alta. Durante veinte años (1950-1970) Yugoslavia tuvo un crecimiento sostenido notable, recibiendo préstamos exteriores y ampliando el comercio internacional. A mediados de los setenta todavía hubiera sido posible una política de reformas económicas y políticas desde el centro que hubiera podido funcionar, pero la lógica del sistema comunista lo impidió: los tecnócratas reformistas fueron desplazados y la tradicional *nomenklatura* burocrática restableció sus controles (Vujacic, 1992). Sin embargo, el contexto empezó a empeorar: el foso entre las zonas desarrolladas y las subdesarrolladas no dejó de ampliarse, descendió de modo alarmante la productividad laboral, la inversión extranjera se retrajo, se extendió la corrupción y aumentó la fragmentación por la tendencia autárquica de las Repúblicas (Ciliga, 1974; Burg, 1983).

Precisamente, la Constitución de 1974 amplió la descentralización económica territorial (Voivodina y Kósovo obtienen autonomía en la República serbia), reforzando identidades nacionales a modo de mecanismo compensador por la desconsideración de los derechos personales. Típico ejemplo de primacía del criterio “comunitarista” sobre el individualista, además de factor equilibrador de élites locales. El modelo titista que parecía diferente del soviético fue, en realidad, muy similar, aunque con mayor legitimidad que la de los países socialistas del entorno al haber surgido de una revolución autóctona (Tomic, 1991). No obstante, la cristalización de un sistema de *nomenklatura* confirma las insuficiencias estructurales del modelo yugoslavo de *socialismo real* que funcionó como una variante específica de populismo autoritario parcialmente *ilustrado* y, a la postre, neoburocrático (Horvat, 1992). Al desaparecer Tito se resquebrajó la principal garantía para mantener el equilibrio interrepblicano pues nadie podía suplirle en legitimidad carismática. Desde entonces, élites, disidentes y el grueso de la población abrazaron el nacionalismo como principal recurso “salvífico” (Ra’anan, 1977; Rodríguez Abascal, 1992).

LOS INICIOS DE LA TRANSICIÓN Y LA CRISIS DE LOS AÑOS OCHENTA.

Yugoslavia tuvo durante los ochenta el proceso de transición más tortuoso y diferenciado de la Europa del Este, finalmente malogrado. En el proceso post-titista no se producirá ni un choque frontal entre los comunistas y la sociedad civil (Polonia), ni negociación en un contexto crítico (Hungría), ni tampoco mero continuismo (Bulgaria y Albania en un primer momento). Ciertamente, la transición hacia el pluralismo fue desigual, pero imparable durante la década, concretándose en varias Repúblicas, pero no en la Federación, bloqueada por los inmovilistas. En otras palabras, se produjo una renovación parcial en algunas Repúblicas, pero, en cambio, fue imposible abordar la reforma en toda la Federación. Por lo demás, la democratización ha sido relativa en casi todas las Repúblicas (salvo en Eslovenia) y meramente formal en Serbia y Montenegro (Shoup, 1989; Gati, 1992).

Desde luego, la creciente crisis económica que Yugoslavia empezó a sufrir desde 1980 contribuye a explicar muchos factores. En efecto, a partir de ese año se asiste a un empeoramiento general productivo, financiero y comercial, así como a crecientes dificultades en el mercado laboral y a la reducción de los servicios sociales (Stankovic, 1981; Ramet, 1985). La autogestión fue puramente nominal y se redujo el limitado espacio del mercado por el excesivo intervencionismo del Estado. Además, no sólo la autogestión funcionó burocráticamente, sino que favoreció la atomización de la producción. Todo ello supuso el brusco fin de un período de constante expansión anterior, de ahí el programa “de choque” de Markovic en 1989 que, sin embargo, supuso una política monetarista de liberalización fracasada (Vara, 1991; Gómez Serrano, 1991; Horvat, 1992).

La autogestión y el federalismo tradicionales acentuaron la fragmentación del espacio económico común y la tendencia al localismo. El estancamiento fue la norma y cada unidad productiva se limitó a mantener el *statu quo*. El sistema autogestionario no incentivó la inversión, de ahí la búsqueda de empréstitos y de financiación exterior, aún siendo reducido el margen autónomo de toma de decisiones. A su vez, el federalismo, que en Yugoslavia tuvo cierta virtualidad como factor de reparto de cuotas de poder entre élites locales, acabó operando económicamente como elemento de fragmentación: cada autoridad territorial ha actuado para preservar sus intereses y los de su zona a fin de consolidarse y contar con apoyo social (Vila, 1989; Franquesa, 1989). Por tanto, no es casual que los diversos planes de reformas económicas fracasaran sucesivamente por las diferencias entre las élites políticas de las Repúblicas que fueron cerrando el mercado interior: la falta de cohesión y coordinación económicas, favorecida por las posibilidades descentralizadoras de la Constitución de 1974, reforzó las tendencias centrífugas y la autarquía local (Krulic, 1989).

En definitiva, el complejo y contradictorio proceso de transición en Yugoslavia durante los años ochenta erosionó la legitimidad del sistema y el post-titismo no resistió la prueba del mantenimiento de sus bases estructurales (Nikolic, 1989; Magas, 1993). La crisis definitiva

ha acabado con los tradicionales polos sobre los que descansaba el modelo: el ideario titista (el peculiar *comunismo nacional*) y el sistema autogestionario federal a modo de “tercera vía”. Finalmente, ni el recuerdo de la resistencia (la visión mítica de la Segunda Guerra Mundial), ni el “no-alineamiento” posterior (el “orgullo patriótico” de ser un Estado independiente internacionalmente respetado y reconocido) han servido: el propio *yugoslavismo*, como nacionalismo de Estado, ha sucumbido (por lo demás, no deja de ser un tanto irónico recordar que tal ideología fue una creación cultural de la intelectualidad croata del siglo XIX: el “ilirismo” de Gaj o Strossmayer, por ejemplo). Al desaparecer Tito se constató que la LCY no había “resuelto” la cuestión nacional (algo que afirmaba haber hecho y “científicamente”, además): la “fraternidad” sureslava se rompió y no fueron suficientes las proximidades étnico-lingüísticas, prevaleciendo otros *cleavages* históricos (Burg, 1989).

LA RUPTURA DE 1987-1991.

El irregular acceso de Milosevic a la secretaría general de la Liga Comunista de Serbia (1987) fue uno de los factores clave para la consumación de la ruptura política del sistema (Petra, 1992). Este dirigente populista-autoritario optó por el nacionalismo gran-serbio como elemento básico de su liderazgo para consolidarse en el poder y movilizar a la población. además de depurar el aparato del partido, Milosevic suprimió la autonomía de Voivodina (1988) y Kósovo (1989), asegurándose el apoyo de Montenegro. El abandono de la tradicional política oficial hacia las nacionalidades rompió el delicado equilibrio étnico yugoslavo: las élites locales apostaron entonces por el nacionalismo independentista como elemento de presión sobre el centro (Tomic, 1991; Vujacic, 1992). Milosevic anunció su proyecto de reformar la Constitución federal de 1974 en sentido centralizador para modificar el acceso rotativo automático a la Presidencia federal y restringir las amplias competencias de las Repúblicas y las Provincias (Rusinow, 1986). De hecho, desde ese momento, se produjo una parálisis institucional y el proceso político transcurrió al margen de las previsiones jurídicas (Krulic, 1989). El compromiso de Milosevic de “resolver la cuestión nacional serbia” provocó la fractura política y la generalización de los nacionalismos extremistas (Horvat, 1992). Su autoritarismo en la LCY hizo que esta se fragmentara localmente, dejando de existir (enero de 1990): los delegados eslovenos la abandonaron y, después, el croata Mesic no pudo acceder a la Presidencia federal por el veto serbio. Al producirse el fin de la LCY desapareció el único instrumento político de cohesión de todo el Estado, empezando ahí la desintegración: los comunistas locales se vinculan a sus sociedades y se reconvierten en nacionalistas (Nicolic, 1989; Shoup, 1989).

Se verificará así un agotamiento completo de las fuentes de legitimación tradicionales del nuevo “yugoslavismo” posterior a 1945 por el colapso del sistema comunista y la subsiguiente desintegración del Estado. Paralelamente, el intento del Primer Ministro

federal Markovic de reformar la economía no pudo impedir la guerra comercial entre Repúblicas. Serbia, pretextando explotación económica por parte de las Repúblicas desarrolladas, restringió las relaciones comerciales con éstas y adoptó represalias en ese terreno. Con ello, se rompió el espacio económico común y, de hecho, se liquidaron las instituciones federales de Yugoslavia. A la desarticulación económica e institucional pronto hubo que añadir la cultural pues los medios de comunicación social, bien poco pluralistas, atizaron los odios interétnicos.

En otras palabras, la rivalidad entre élites burocráticas locales condujo al enfrentamiento (singular resultado del “estatismo policéntrico” yugoslavo): aquellas reorientaron su discurso hacia el nacionalismo para proyectarse como “salvadoras” de la etnia y perpetuarse en el poder (Schreiber, 1990). La historia particular es demagógicamente instrumentalizada y se mitifica el Estado-Nación homogéneo, objetivo al que debe subordinarse cualquier otra reivindicación. Paradójicamente, la mayor riqueza de Yugoslavia (seis nacionalidades, trece minorías *étnicas*, doce idiomas -tres de ellos oficiales en toda la Federación (por no citar los numerosos y diferenciados dialectos existentes)-, dos alfabetos, tres religiones y dos grandes legados históricos) se convirtió en el principal obstáculo para la democratización (Tomic, 1991).

La carencia absoluta de tradición democrática y pluralista favoreció a los dirigentes nacionalistas agresivos y autoritarios: los derechos humanos fueron, en general, escasamente respetados y las élites se beneficiaron de la incultura política de los ciudadanos y de la práctica ausencia de verdaderos partidos políticos (ANUE.1, 1992; Ramonet, 1993). En efecto, su proliferación formal no aclaró las perspectivas pues casi todos los dirigentes se apuntaron al nacionalismo como fórmula primaria de movilización: no fueron los programas de derecha e izquierda los que separaron las opciones, sino el *cleavage* nacional conflictivamente movilizado (Burg, 1989).

En las diferentes elecciones celebradas en las Repúblicas durante 1990 se impusieron por doquier los dirigentes nacionalistas (la gran mayoría comunistas reconvertidos). Milosevic, en particular, contribuyó a la victoria de los nacionalistas en todas partes. Sin embargo, mientras que en Eslovenia, en Macedonia y en Bosnia-Herzegovina las elecciones fueron suficientemente democráticas, en Croacia tuvieron un carácter semi-competitivo (tanto por la agresiva campaña ultranacionalista de Tudjman- líder de CDC y ex-general partisano titista-, como por la marginación de las minorías serbias de la Krajina y Eslavonia en Croacia). En Serbia y Montenegro el continuismo fue la norma y los pequeños partidos democráticos de la oposición fueron hostigados, de ahí que, en este caso, los resultados electorales carezcan de credibilidad (a lo que hay que añadir el masivo boicot de los albaneses del Kósovo) (Flores, 1991; Tomic, 1991).

Los eslovenos (Kucan) derrotaron al *aparato* fiel a Milosevic, pero el enconamiento se producirá por la insensibilidad pluralista de los nacionalistas croatas: su triunfo electoral alarmó a la minoría serbia de Croacia. Por una parte, las nuevas autoridades restringieron los derechos cívicos de los serbios (de participación, de propiedad y otros) y, por otra, estos, en vez de negociar sus reivindicaciones en las instituciones existentes, se autoproclama-

maron “independientes”, solicitando y obteniendo la “fraternal protección” de Serbia que no podía abandonar a sus “connacionales” del exterior (Horvat,1992).Esta conjunción de nacionalismo homogeneizador croata y nacionalismo gran-serbio desembocaría finalmente en el conflicto armado (Dempsey,1992).

La impotencia de los últimos Gobiernos federales (Markovic, Mesic) fue completa ante el poder fáctico de las Repúblicas. La última oportunidad, es decir, la propuesta eslovena y croata de una Confederación (julio de 1990), no fue asumida por Milosevic, solo dispuesto a redefinir la Federación teóricamente vigente.Entidad que carecía ya de toda influencia, vacía de contenido político y desbordada incluso por el Ejército. Precisamente, Milosevic supo ganarse su apoyo mayoritario dada la hegemonía serbia entre la oficialidad. En estas circunstancias, cuatro Repúblicas organizaron referéndum de autodeterminación que, por supuesto, confirmaron la opción independentista (Eslovenia, Croacia, Bosnia y Macedonia, al que cabría añadir el semi-clandestino del Kósovo, reputado ilegal por Serbia). Así, las presiones internacionales para mantener Yugoslavia cedieron y, ante la pasividad general, estalló la guerra civil (julio de 1991).Yugoslavia dejó de existir por la fragmentación interior debida a la hegemonía de los nacionalismos excluyentes y el desenlace fue violento por la actitud de serbia que utilizó como pretexto la marginación de las minorías serbias en las otras Repúblicas, ignorando en flagrante contradicción su propia negación interna de la diversidad (Voivodina, Kósovo, Sanzak).

LAS CAUSAS DE LA DESINTEGRACIÓN Y EL PROBLEMA SERBIO.

A la hora de analizar los factores que explican la ruptura violenta de Yugoslavia hay que evitar, sobre todo, el determinismo historicista pues los eventuales conflictos del pasado no explican los actuales. En otras palabras, la desintegración presente no es el resultado “inevitable” de un mal nacimiento como Estado unitario. Este punto de vista exime parcialmente de responsabilidades a los dirigentes y a los grupos que han optado por la confrontación bélica ya que los factores históricos pueden influir, pero no establecen una relación directa de causa-efecto (Rodríguez Abascal,1992; Veiga, 1992a). Hay que ser, pues, cuidadosos al recurrir a la historia para descartar toda interpretación fatalista. Naturalmente, los dirigentes nacionalistas recurren a su uso manipulado para justificar y legitimar su posición, pero no puede ignorarse que los dos principales pueblos ex-yugoslavos, serbios y croatas, son muy afines (ANUE.2, 1992).

Por lo demás, el proceso ha sido exclusivamente interno ya que la comunidad internacional hizo todo lo posible por preservar Yugoslavia. En este sentido, no se puede atribuir la responsabilidad principal a Alemania y Austria pues estos Estados reconocieron a Eslovenia y Croacia cuando la Federación había dejado virtualmente de existir (Korinman, 1993).

Se puede discutir su anticipación y no sincronización con relación a la Comunidad Europea, así como su propio interés, pero la “conjura germano-católica” ha formado parte exclusivamente de la propaganda de Milosevic. Con todo, no deja de ser cierto que, tras la desaparición del Pacto de Varsovia, el mantenimiento de Yugoslavia dejó de ser crucial para los EUA y la OTAN (Mariño Menéndez, 1992; Gautier, 1992).

A las causas históricas (las dos tradiciones imperiales, austro-húngara y turca en el norte y el sur respectivamente, además de los avatares de la Segunda Guerra Mundial), hay que añadir la quiebra del sistema económico autogestionario. Pero, sin duda, las razones directamente políticas son las determinantes: la desintegración traumática del sistema de partido único supondrá también el fin del Estado y la identificación del poder central con los intereses de Serbia arruinó la continuidad de la Federación, de ahí la imposición de las tendencias centrífugas por doquier. Ello traduce el fracaso de la política de las nacionalidades de los comunistas y la falta de suficiente consenso cívico para cimentar las bases de la convivencia ya que la rigidez del anterior sistema no permitió la libre expresión del pluralismo. La movilización nacionalista general se explica por la falta de medios alternativos de acción colectiva y la coincidencia entre los intereses político-económicos de las élites y los grupos étnico-nacionales creó las condiciones para ello. La descentralización exacerbó las tendencias autárquicas durante los años ochenta y la introducción de la economía de mercado así como la incipiente democratización agudizaron las tensiones interterritoriales e interélites, deslegitimando al centro. Los conciliadores fueron desbordados en todas partes, siendo imposible la transformación democrática de la Federación y consolidándose los nacionalismos extremistas (Varios, 1991; Raufer/Haut, 1992; Vukadinovic, 1992).

En realidad, una de las cuestiones clave en la destrucción de Yugoslavia es la centralidad de la cuestión serbia a la que se le ha prestado una atención secundaria. Ciertamente, los dirigentes serbios (de Serbia y de los territorios exteriores mayoritariamente poblados por serbios que se han rebelado contra las autoridades croatas y bosnias) son considerados como los principales responsables del conflicto bélico. Un tercio de los serbios vive fuera de Serbia y eso, que antes carecía de importancia alguna, se ha convertido ahora en un factor esencial para entender la lógica de una larga guerra de desgaste y de operaciones militares limitadas (Varios, 1992a).

Históricamente, hay que recordar que los serbios formaron el primer Estado sureño independiente y mientras hoy se ha producido la reunificación alemana se ha dado casi al mismo tiempo la partición de los serbios. De ahí que uno de los principales argumentos de sus dirigentes sea el siguiente: si los eslovenos y los croatas han tenido derecho a un Estado independiente del mismo modo los serbios pretenden reunirse en uno propio. Esto es, las minorías serbias de Croacia y Bosnia no quieren depender de las nuevas autoridades de esos países, ni como “extranjeros” y ni siquiera como “ciudadanos” de los mismos. Por lo demás, Serbia aduce que la liquidación de la Federación yugoslava obliga a redefinir el principio de la autodeterminación étnico-territorial y a revisar las anteriores delimitaciones internas (Varios, 1992a; Melchior, 1993; Grmek, 1993).

LA CUESTIÓN NACIONAL.

Desde su fundación Yugoslavia se ha planteado el problema de su endeble “identidad”, pero, en realidad, no tanto por sus diferencias internas, cuanto por la ausencia de valores fundamentales compartidos por todos. Por una parte, algunos Estados plurinacionales son muy estables, de ahí que insistir en el argumento de la “artificialidad” yugoslava no aclare su proceso de destrucción y, por otra, la mayoría de los pueblos yugoslavos es muy similar (la lengua serbo-croata es compartida por casi todos). La cuestión clave ha sido la de carecer de una base suficiente de consenso hacia el Estado común. Los comunistas intentaron resolver el problema imponiendo su ideología y su sistema político (Dimitrijevic, 1992). La LCY puso en práctica una política cuyo objetivo prioritario era el de equilibrar a unas nacionalidades frente a otras, procurando que los contrastes se amortiguaran y equiparando a los dos grupos mayores. Por esta razón, la LCY alentó la proliferación de grupos cuya finalidad era la de atomizar y mezclar al máximo las *étnias*. Así, por ejemplo, se creó la “nacionalidad musulmana” a mediados de los años sesenta (fundamentalmente presente en Bosnia y formada por serbios y croatas de cultura islámica) y en el mismo período se codificó una lengua “macedonia” (variante dialectal del búlgaro), fomentando artificialmente su conciencia nacional. Asimismo, los montenegrinos, étnicamente idénticos a los serbios, son ahora más “nacionales” gracias a la política comunista (Vujacic, 1992).

Desde el punto de vista oficial la LCY reconocía el derecho de autodeterminación de los *cinco* pueblos yugoslavos (serbios, croatas, eslovenos, montenegrinos y macedonios), a la vez que defendía su unidad federal basada en la igualdad y en el pleno respeto de los derechos nacionales. La LCY argumentó que la revolución había forjado “lazos fraternales indestructibles” entre todos los yugoslavos, basados en el “internacionalismo socialista”. En consecuencia, habría surgido un “patriotismo socialista yugoslavo” como “complemento internacionalista” (binacional) de la pertenencia de cada ciudadano a su respectiva nacionalidad. Para la LCY solo la Federación yugoslava podía permitir el pleno desarrollo de sus pueblos, combinando la solidaridad con los derechos nacionales. Tarea de los comunistas era la de combatir las tendencias hacia el nacionalismo burgués antisocialista y evitar, a la vez, las desviaciones burocráticas, centralistas y hegemónicas de acuerdo con el principio “ni particularismo localista, ni imposición de gran-Estado” (LCY, 1977).

Esta política deliberada de interpenetración étnica hizo que prácticamente ningún grupo nacional coincidiera con las fronteras interiores de las Repúblicas (el hecho no es nuevo, pero fue intensificado por la LCY). La heterogénea pluralidad de grupos está tan generalizada en todos los territorios que hace prácticamente imposible definir qué grupo es el morador “natural” (el “titular” de los derechos) de cada uno de ellos. Si cada *etnia* aspira a su Estado habría que crear no menos de quince en la ex-Yugoslavia, con problemas irresolubles de delimitación de fronteras y de desplazamientos humanos, además de existir numerosísimos grupos mixtos (Hondius, 1968; Rodríguez-Abascal, 1992; Komac, 1992). Puestos a buscar diferencias y afinidades se constata que las líneas divisorias

atravesan incluso las propias *étnias*: serbios y croatas de Voivodina usan un dialecto común que les separa de Zagreb y Belgrado, al igual que en Bosnia. Hay más afinidades entre los croatas de Zagreb y los eslovenos que entre aquellos y los croatas de Dubrovnik. Los serbios del sur son más parecidos a los macedonios que a los serbios de la Krajina y así sucesivamente.

Dada la gran diversidad en todas las Repúblicas: ¿era Croacia, con su gran minoría serbia, una República de los croatas o una República plurinacional? o ¿Cual de las dos cosas era Serbia, con su gran minoría albanesa? Esta cuestión nunca se resolvió ya que las fronteras interiores fueron trazadas por la LCY con objeto fundamental de repartir a los serbios en todas las Repúblicas. Al consumarse la ruptura en 1991 las minorías serbias, en general, se negaron a aceptar los nuevos Estados independientes y las viejas fronteras interiores, antes solo aceptadas en virtud del principio federal. El chauvinismo de Tudjman y las iniciales declaraciones islamistas de Itzegbegovic alarmaron a las minorías serbias y, aunque sendos dirigentes rectificaron (el primero reconoció los derechos de las minorías y el segundo preconizó sencillamente una “República de ciudadanos”), el conflicto armado ya no se pudo detener (Vujacic, 1992; ANUE.2, 1992).

La ruptura de Yugoslavia ha convertido en fronteras internacionales los límites administrativos titistas de las Repúblicas sin una negociación específica al respecto y esta ha sido una de las principales razones que aducen las minorías serbias rebeldes para considerar ilegítimo el uso que se ha hecho del principio de las nacionalidades. De hecho, han resultado indisolubles la autodeterminación y los derechos de las minorías, lo que complica el panorama y hace parcial el ejercicio unilateral de uno u otro criterio (autodeterminación sin matices al servicio del grupo hegemónico o presión *chantajista* de las minorías) (Ramonet, 1993). Esta claro que no hay derechos incondicionados y que todos deben equilibrarse, pero, en particular, la aplicación mecánica e instrumental del genérico derecho de autodeterminación ha demostrado la inviabilidad práctica de esta fórmula doctrinal en la ex-Yugoslavia ya que ha conducido a lógicas de exclusión que han vulnerado otros derechos humanos fundamentales en aras de la homogeneización monolítica y de la “depuración” étnica excluyente y antipluralista. La concreción del principio de las nacionalidades ha producido efectos nefastos para las poblaciones y ha reforzado a dirigentes irresponsables y a élites demagógicas agresivas. Al asumir tal criterio no se puede hacer abstracción del problema territorial ya que, en este caso, ha confirmado la evidente imposibilidad de las particiones *étnicas* (Varios, 1992a).

En todo caso, sí son perceptibles dos grandes zonas diferenciadas por varias causas: la zona noroccidental (Eslovenia, Croacia) con tradición histórico-cultural austro-húngara, religión católica, desarrollo económico, anticentralismo y un mayor peso de la oposición no comunista y la zona suroriental (Serbia, Montenegro) con tradición otomana, religiones ortodoxa y musulmana, subdesarrollo, centralismo y hegemonía comunista. Al margen de zonas “grises” (Bosnia y Macedonia) con fuerte presencia musulmana (Krucic, 1989; Magas, 1993).

LA GENERALIZACIÓN DE LOS NACIONALISMOS.

Al desaparecer Tito se agotó la capacidad integradora del sistema ya que la LCY careció de instrumentos para reaccionar ante las nuevas necesidades y sus intereses bloquearon el proceso democratizador (Dimitrijevic, 1992). El sistema no fue superado por movilizaciones de la sociedad civil, sino por sus propias contradicciones internas: la democratización siquiera parcial de las Repúblicas y la descomposición del socialismo autogestionario coinciden con el renacimiento de los nacionalismos (Tomic, 1991). Las élites optaron por un nacionalismo esencialista conflictivo en territorios pluriculturales, de ahí la irracionalidad de las políticas asimilistas forzadas (por no referirse a las deportaciones e incluso al exterminio) con desconsideración absoluta de los derechos de las minorías (Rodríguez-Abascal, 1992). Fue, pues, la movilización nacionalista la que adquirió un nivel sin precedentes en Yugoslavia y la ruptura violenta ha sido la expresión más dramática del agotamiento completo de los regímenes de tipo soviético (Vujacic, 1992). La autodisolución de la LCY (1990) mostró que esta era tan solo una frágil agrupación de partidos comunistas nacionales que desembocaron en movimientos centrífugos (Eslovenia, Croacia, Macedonia) y en el nacionalismo gran-serbio, solo dispuesto a admitir una Federación hecha a su medida y, en cualquier caso, motivado por la defensa de todos los serbios allí donde estuvieran (excepcionalmente el independentismo/irredentismo del Kósovo no fue dirigido por los comunistas).

Todas las élites optaron, en efecto, por nacionalismos de tipo populista, con nula voluntad de consenso. La legitimación electoral reforzó su posición en las diferentes Repúblicas, pero de ahí no se configuraron precisamente sociedades modernas basadas en los Derechos Humanos. Comunistas y anticomunistas se sumaron a la bandera nacionalista: los primeros para seguir en el poder y los segundos para conquistarlo, reduciendo con ello todos los proyectos políticos tan solo al mítico Estado-Nación.

El nacionalismo homogeneizador de Tadjman empujó a los rebeldes serbios de la Krajina y de Eslavonia en brazos de Milosevic. Tadjman ha acaparado un gran poder vaciando de contenido real la democracia proclamada en la Constitución y sólo reconoció los derechos de las minorías por las presiones alemanas. A su vez, Milosevic, el principal responsable del conflicto, ha impuesto un agresivo autoritarismo nacionalista con proyección exterior. Es decir, ni los dirigentes croatas, ni los serbios se preocuparon del tremendo coste humano que iba a tener la partición violenta del Estado. No ha sido posible un nacionalismo voluntarista y flexible de tipo liberal, tolerante con la diversidad y el pluralismo. Probablemente, la mejor fórmula para la transición hubiera sido la de no recurrir a nacionalismo alguno: lo prioritario debiera haber sido establecer la democracia tomando al individuo y no a la nación como referencia básica, garantizando los derechos cívicos fundamentales. Desde este punto de vista, lo importante para definir la legitimidad del poder no es el ámbito nacional-territorial de “pertenencia”, sino el respeto de los derechos individuales (Rodríguez-Abascal, 1992).

Con relación al nacionalismo serbio no puede ignorarse que este ha sido atizado por Milosevic como instrumento de su consolidación política, beneficiándose de los errores de Tudjman que le sirvieron el pretexto intervencionista (ANUE.2, 1992). Por lo demás, no todos los serbios participan de ese criterio: hay oposición a Milosevic en Serbia y una significativa minoría serbia es leal al gobierno de Itzegbegovic en Bosnia. Hay, por tanto, líneas cruzadas y no enfrentamientos en bloque de una comunidad étnica contra otra aunque aquellas tiendan a debilitarse a medida que el enfrentamiento se agrava.

El nacionalismo que da la primacía a los derechos colectivos de la *étnia* sobre los individuales se ha mostrado como el principal instrumento de manipulación política, con perniciosos efectos para el pluralismo puesto que los discrepantes del criterio hegemónico son descalificados como “traidores” (Tomic, 1991). Esta visión dominante se explica por el vacío ideológico posterior al hundimiento del comunismo y por la falta de hábitos transaccionales basados en la negociación pacífica y en el consenso constitucional. Anteponer los intereses de la nación como ente orgánico por encima de las personas concretas hizo imposible la democracia en Yugoslavia. En todas las Repúblicas -si bien con grados- se desencadenó una dinámica absurda de tipo homogeneizador: “lo nacional” se impone a los ciudadanos y es definido monopólicamente por los detentadores del poder, siendo un formidable instrumento cohesionador de la sociedad y de la *élite* y reductor del pluralismo (Dimitrijevic, 1992).

En nombre del “esfuerzo de guerra” y de la “causa nacional” la democracia se ha restringido en casi todas partes, dando paso a los peores excesos: los dirigentes croatas han afirmado luchar por el “Occidente cristiano contra el comunismo” y los serbios contra el “fascismo croata” o el “fundamentalismo islámico”. El “enemigo” es la otra *étnia* en bloque y, en su caso, el “mal ciudadano” (ANUE.2, 1992). Es evidente que, en estas circunstancias, los opositores han sido prácticamente silenciados ya que las ideologías políticas parecen haberse reducido a la pertenencia *étnica* (Varios, 1992b). El nacionalismo llama a otro nacionalismo, de ahí el uso manipulado de la historia y la construcción de mitos esencialistas que han desbordado todo debate racional, reforzando el autoritarismo y la homogeneización. La lógica de ciertos nacionalismos “consecuentes” ha conducido a que el crítico y el pacifista sean considerados enemigos de la “patria en peligro”. El descarado uso serbio de los derechos de sus minorías en el exterior no tiene proyección interna similar ya que, en su República, son completamente negados. En definitiva, el razonamiento que no ha sido posible es el siguiente: no hace falta ser nacionalista (incluso parece preferible no serlo, a la vista de lo ocurrido) para defender los derechos nacionales. Un demócrata no nacionalista combinará la prioritaria defensa de los derechos individuales con los colectivos, sin exclusiones (Veiga, 1992b).

LA GUERRA CIVIL.

El rechazo serbio de la propuesta confederal provocó sendas declaraciones unilaterales de independencia en Eslovenia y Croacia (25-6-91), iniciándose de inmediato el conflicto armado (Crnobrnja, 1992). Tras unos breves combates en Eslovenia, territorio dado por perdido por la Federación y nacionalmente el más homogéneo de todos, la guerra se desplazó hacia Croacia cobrando una intensidad muy superior. En efecto, consideraciones geoestratégicas (el control del Adriático dalmata), económicas y demográficas hicieron que las fuerzas armadas federales se volcaran en apoyo de las minorías serbias de la República y, desde luego, la guerra no hubiera sido posible sin la alianza entre los militares y Milosevic. Por lo demás, los nuevos Estados pronto supieron construir fuerzas de defensa bastante efectivas.

La guerra desencadenada por los serbios tuvo por objeto controlar determinados enclaves para enlazar territorialmente a la población serbia de la Krajina, el Srem y Eslavonia oriental con las zonas serbias de Bosnia y éstas, a su vez, con Serbia. La minoría serbia de Croacia (apenas el 12% de la población) conseguirá hacerse con el control del 31.5% del territorio, rompiendo constantemente los cerca de quince alto el fuego pactados. Las hostilidades cesaron cuando los rebeldes serbios consiguieron imponer con sus milicias irregulares y el apoyo del Ejército “federal” todos sus objetivos (enero de 1992), interponiéndose entonces las fuerzas de pacificación de la ONU. Los serbios han recurrido al derecho de autodeterminación, se han proclamado independientes y han afirmado querer seguir siendo yugoslavos (Ubeda, 1992). En diciembre de 1991, la Comunidad Europea, modificando su anterior punto de vista, reconoció la independencia de Eslovenia y Croacia con la esperanza de acabar así con la guerra. La CE reconoció tardíamente su error al insistir en el mantenimiento de la integridad de Yugoslavia cuando, de hecho, ésta ya no existía y tal ficción no había hecho más que alentar a los militaristas serbios.

Concluida la guerra serbo-croata (en realidad, simplemente “congelada”) la tensión se desplazó a otras áreas :el Kósovo (donde la gran mayoría albanesa está excluida del poder por la minoría serbia que considera el territorio “cuna sagrada de la patria”), el Sanzak (importante enclave musulmán en Serbia), Voivodina (con una fuerte minoría húngara) y Macedonia (con veleidades “irredentistas” de la minoría albanesa y reivindicaciones territoriales potenciales de Bulgaria, Grecia y Albania). Los riesgos de “balcanización” y de generalización del conflicto no son, pues, desdeñables (Gautier, 1992; Petra, 1992).

Sin embargo, el conflicto más terrible ha estallado en Bosnia-Herzegovina, precisamente la República más heterogénea y mezclada de todas (los tres grupos principales representan los siguientes porcentajes: musulmanes 40%, serbios 32% y croatas 18%). Esta guerra combina elementos de conflicto entre élites, entre étnias y entre grupos organizados. En cualquier caso, la contraposición fundamental opone a los que iniciaron la agresión contra el Gobierno legítimo de Itzgebegovic (los serbios bosnios rebeldes apoyados por Serbia y

dirigidos por Karadzic) y a los leales al mismo (la mayoría de los bosnios: todos los musulmanes pues les va en ello su futuro político, una parte de los croatas e incluso a una minoría del grupo serbio). Debe recordarse que Itzegbegovic ganó claramente las elecciones democráticas y el referéndum de autodeterminación que permitió la proclamación de la independencia (27-2-92), aunque tal plebiscito fue boicoteado por la gran mayoría de los serbios bosnios en sus zonas.

La guerra interior es además una inadmisble agresión contra un Estado soberano, internacionalmente reconocido, que recuerda las “liquidaciones” de finales de los años treinta en Checoslovaquia y Polonia (Gautier, 1992). Se trata además de una catástrofe para la población civil sometida a deportaciones masivas, violaciones, matanzas y destrucciones. En particular, la política de “limpieza étnica” es la más extrema manifestación de xenofobia y máximo ejemplo de un ultranacionalismo que ha escapado a todo control razonable y a toda convivencia civilizada. Hubo y hay quien cuestiona la identidad nacional de Bosnia por el hecho de que no exista en su territorio una clara mayoría nacional. Sin embargo, este factor debería ser -en sí mismo- precisamente el más favorable en aras del pluralismo impidiendo que ningún grupo pueda imponer sus “señas de identidad” a los demás. La convivencia de los tres grupos fundamentales (perfectamente posible durante el titismo) debería ser mutuamente enriquecedora y el patriotismo bosnio debería consistir en la lealtad constitucional a los Derechos Humanos, a la democracia y a las garantías jurídicas: un magnífico ejemplo civilizatorio. Precisamente, el Presidente bosnio Itzegbegovic propugna una “República de ciudadanos” frente al mítico Estado-Nación homogéneo. En cierto modo, Bosnia puede ser vista como una representación menor de lo que fue Yugoslavia, pero podría ser más viable que esta pues -al margen de las raíces históricas- la cuestión clave es que amplios grupos de ciudadanos de todas las *etnias* están dispuestos a convivir pacífica y democráticamente en ese espacio común.

Sin embargo, Bosnia no existe hoy como Estado unitario ya que el poder legítimo apenas controla un tercio del territorio (Gautier, 1992). Los acuerdos de Ginebra (el Plan Vance-Owen) que prevén la cantonalización de Bosnia en diez provincias pueden tener un solo efecto benéfico si se aceptan: el fin de las hostilidades militares. No obstante, la autoridad central apenas podrá controlar tales entidades y, además, las discusiones sobre la delimitación de las provincias y sus competencias pueden ser interminables. Las fronteras fácticas determinadas por los frentes militares tenderán a consolidarse con muy pocas variantes y los serbios rebeldes pueden ver como viable a medio plazo su proyecto de Estado propio. En cuanto sea posible, ejercerán su “inalienable derecho a la autodeterminación” y pedirán su incorporación a Serbia. Algo que, a su vez, también pueden hacer los croatas bosnios (Boban) hoy aliados circunstanciales y muy inestables del Gobierno Itzegbegovic (Ramonet, 1993). Por lo demás, los acuerdos de Washington (mayo de 1993) han legitimado *de facto* -aunque formalmente se nieguen las conquistas militares “provisionales” de los rebeldes, concesión que no ha hecho más que envalentonar sus ambiciones expansivas.

En otras palabras, la política de cantonalización étnica es, de hecho, antidemocrática (ha obligado a un Gobierno legítimo a ceder ante los rebeldes y su aplicación exige masivos desplazamientos de población), es imposible de aplicar “consecuentemente” por la existencia de numerosas familias mixtas y es anacrónica por la interrelación existente en el mundo de hoy. La mezcla étnica de Bosnia hace prácticamente inviable trazar líneas precisas de demarcación al respecto, de ahí que tal propuesta esté consolidando simplemente los frentes de guerra con leves retoques. Por lo demás, existe incluso el riesgo de partición del país pues Bosnia no tiene plenamente asegurada su integridad territorial como Estado: por una parte, hay serias sospechas sobre la existencia de un pacto secreto de partición entre Serbia y Croacia, aunque públicamente se haya desmentido y, por otra, si se impone la cantonalización el Gobierno central puede verse paralizado (Dempsey, 1992; Roux, 1993). El drama es que las numerosísimas atrocidades cometidas (campos de concentración, ejecuciones sumarias, desplazamientos forzados, destrucciones masivas, violaciones como arma política) van a hacer prácticamente imposible la eventual convivencia interétnica en el futuro, de ahí que la partición definitiva de Bosnia en tres zonas sea hoy casi inevitable (ANUE.2, 1992; Varios, 1993).

Por lo demás, la guerra también repercutirá negativamente en los serbios, sobre todo allí donde son minoría pues la lucha contra el “enemigo exterior” tiene también una proyección interior contra los “quintacolumnistas”. La guerra ha facilitado la concentración del poder, siendo generales los abusos y las irregularidades en casi todas partes. La debilidad de la oposición serbia a Milosevic es notoria y ni el ex-Presidente de la nueva “Yugoslavia” (Serbia y Montenegro intentaron presentarse como sucesoras internacionales de la anterior Federación, pero la ONU no admitió tal posibilidad), Cosic, ni el ex-Primer Ministro Panic tuvieron real influencia política (Petra, 1992). La desorganización de los que desean la paz ha facilitado la tarea de los extremistas que pretenden establecer un Estado gran-serbio (Seselj). Los dirigentes serbios extremistas esgrimen un apriorismo que carece de justificación: todos los serbios deben vivir en un solo Estado. Sin embargo, por ejemplo, los húngaros viven en cuatro Estados, los búlgaros en tres, los rumanos en cinco y los albaneses en cuatro, por citar solo países del área.

En definitiva, las fuerzas armadas quisieron “salvar” al comunismo y a Yugoslavia y fracasaron en ambas cosas pues el sistema político anterior quebró y el Estado se desintegró. Además, militarmente aquellas sólo estaban preparadas para defenderse de una agresión exterior, de ahí que no hayan sabido actuar con eficacia en una guerra civil pues nunca contaron con el supuesto de la hostilidad de la población autóctona y con la peligrosidad de un territorio reputado como propio. En suma, la transición todavía está pendiente en Serbia (y también, en otro sentido, en Croacia) y es fundamental que la democracia se acabe de establecer. En particular, sería un grave error dar por perdida la causa democrática en Serbia ya que aquí está una de las claves fundamentales para acabar con la inestabilidad y el conflicto en esta atormentada región.

Referencias bibliográficas.

- ANUE.1, (Associació per a les Nacions Unides a Espanya): *Informe Iugoslàvia*, ANUE, Barcelona, 1992.
- ANUE.2, *Informe sobre la ex-Yugoslavia. Dossier 2*, ANUE, Barcelona, 1992.
- Banac, I., *The National Question in Yugoslavia*, Cornell Univ. Press, id., 1984.
- Burg, S.L., *Conflict and cohesion in socialist Yugoslavia political decision since 1966*, Princeton Univ. Press, id., 1983.
- Burg, S.L. y Berbaum, M.L., "Community, Integration and stability in Multinational Yugoslavia", *American Political Science Review*, v.83, n.2, jun.1989.
- Ciliga, A., *Crise d'État dans la Yougoslavie de Tito*, Denoël, París, 1974.
- Crnborjn, M., *Le drame yougoslave*, Ed. Apogéee, Rennes, 1992.
- Darby, H.C., *Breve historia de Yugoslavia*, Espasa-Calpe, Madrid, 1972.
- Dedijer, V. y otros, *History of Yugoslavia*, Mac Graw Hill, N.York, 1974.
- Dempsey, J., "Le conflit serbo-croate et la Bosnie-Herzégovine", *Politique Étrangère* (monogr. "Vers un retour des guerres balkaniques?") n.2, 1992.
- Dimitrijevic, N., "Yugoslavia: el nacionalismo y sus consecuencias", *Cuadernos del Este* (monogr. "Yugoslavia rota") n.4, 1992.
- Eguiaagaray, F., *Europa del Este: la revolución de la libertad*, Eds. del Drac, Barcelona, 1991.
- Fejtő, F., *La fin des Démocraties Populaires. Les chemins du post-communisme*, Du Seuil, París, 1992.
- Flores Juberías, C., "Las transformaciones de los regímenes políticos de la URSS y la Europa del Este. Una aproximación bibliográfica", *Revista del Centro de Estudios Constitucionales*, nº8, enero-abril 1991.
- Flores Juberías, C., "Modelos de transición y sistemas electorales en la Europa del Este", *Revista de Estudios Políticos* nº77, jul.-sept. 1992.
- Franquesa Vila, R., "La crisis del modelo yugoslavo", *Afers Internacionals* ns 14-15, 1988.
- Gagnon, V.P., "Yugoslavia: Prospects for Stability", *Foreign Affairs*, v.70, nº 3, verano 1991.
- Garde, P., *Vie et mort de la Yougoslavie*, Fayard, París, 1992.
- Gati, Ch., "From Sarajevo to Sarajevo", *Foreign Affairs*, v.71, nº 4, otoño 1992.
- Gautier, X., "Balkans: la contagion", *Politique Internationale*, nº 57, otoño 1992.
- Gautier, X., *L'Europe a l'épreuve des Balkans*, J.Bertoin, París, 1992.
- Gómez Serrano, P., "Yugoslavia: una caso aparte" en E.Palazuelos y otros, *Europa del Este ante el cambio económico*, Economistas Libros, Madrid, 1991.
- Grmek, M. y otros, *Le nettoyage ethnique. Documents historiques sur une idéologie serbe*, Fayard, París, 1993.
- Hondius, F.W., *The Yugoslav community of nations*, The Hague, París, 1968.
- Horvat, B., "Caprichos de la economía yugoslava", *Cuadernos del Este*, nº 4, 1992.
- Komac, M., "Nacionalitat i minories a Iugoslàvia" en A.Cucó (ed.), "Nació i nacionalisme a l'Europa central i oriental", *Afers*, v.VII, nº14, 1992.
- Korinman, M., "L'Austria, la Germania e gli Slavi del Sud", *Limes. Rivista Italiana di Geopolitica* (monogr. "La guerra in Europa Adriatico, Jugoslavia, Balcani), nº 1-2, 1993.
- Krulic, J., "La crise de système politique dans la Yougoslavie des années 1980", *Revue Francaise de Science Politique*, v.39, nº 3, jun.1989.
- LCY (Liga de los Comunistas de Yugoslavia), *Programa de la Liga de los Comunistas de Yugoslavia*, Ed. CAS, Belgrado, 1977.

- Lendvai, P.: "Yugoslavia without yugoslavs: the roots of the crisis", *International Affairs*, v.67, nº 2, abril 1991.
- Loncar, B., "La Yougoslavie et le processus d'integration en Europe", *Politique Étrangère* (monogr. "Est: année des élections") nº 1, prim.1990.
- Lukic, R., "Yougoslavie: chronique d'une fin annoncée", *Politique Internationale* nº 53, otoño 1991.
- Magas, B., *Yugoslavia. Tracking the Break-up 1980-1992*, Verso, Londres, 1993.
- Mariño Menéndez, F., "El reconocimiento de los nuevos Estados nacidos del desmembramiento de Yugoslavia y de la URSS", *Tiempo de Paz*, nº 23, prim. 1992.
- Melchior, J.P., "Du nationalisme serbe", *Les Temps Modernes*, nº 560, marzo 1993.
- Nikolic, M., "Yugoslavia's Failed Perestroika", *Telos*, nº 79, prim.1989.
- Peroche, G., *Histoire de la Croatie et des nations slaves du sud*, 395-1992, FX de Guibert (OEIL), París, 1992.
- Petra Ramet, S., "War in the Balkans", *Foreign Affairs*, v.71, nº 4, otoño 1992.
- Ra'anan, G.D., *Yugoslavia after Tito: scenarios and implications*, Westview Press, Boulder (Col.), 1977.
- Ramet, P., *Yugoslavia in the 1980's*, Westview Press, Boulder (Col.), 1985.
- Ramonet, I. y otros, "Nationalismes: la tragédie yougoslave", *Manière de Voir*, nº 17, *Le Monde Diplomatique*, febr. 1993.
- Raufer, X. y Haut, F., *Le chaos balkanique*, La Table Ronde, París, 1992.
- Rodríguez Abascal, L., "El papel del nacionalismo en la guerra yugoslava: los casos serbio y croata" *Cuadernos del Este*, nº 4, 1992.
- Roux, M., "Lo scenario bosniaco: pulizia etnica e spartizione territoriale", *Limes. Rivista Italiana di Geopolitica* (monogr. "La guerra in Europa. Adriatico, Jugoslavia, Balcani), nº 1-2, 1993.
- Rusinow, D., "Yugoslavia" en M.Mc Cauley y S.Carter, *Leadership and Succession in the Soviet Union, Eastern Europe and China*, Mac Millan, Londres, 1986.
- Schreiber, T., "La Yougoslavie survivra-t-elle en 1990?", *Politique Internationale*, nº 48, verano 1990.
- Shoup, P., "Crisis and Reform in Yugoslavia", *Telos*, nº 79, prim.1989.
- Stankovic, S., *The End of the Tito era: Yugoslavia's dilemmas*, Hoover Institution Press, Stanford (Cal.), 1981.
- Tomic, M., "Yugoslavia, la agonía nacionalista", en M.Ruiz de Elvira y C.Pelanda (eds.), *Europa se reencuentra. La difícil transición del Este al Oeste*, El País/Aguilar, Madrid, 1991.
- Ubeda, L.M., "Yugoslavia y el nuevo orden europeo", *Cuadernos del Este*, nº 4, 1992.
- Vara Miranda, M.J., "La autogestión yugoslava, en crisis", *Cuadernos del Este*, nº 3, 1991.
- Varios, "Balkans et Balkanisation", *Herodote*, nº 63, 1991.
- Varios, "La question serbe", *Herodote*, nº 67, 1992a.
- Varios, "Yougoslavie: logiques de l'exclusion", *Peuples Méditerranéens*, nº 61, oct.-dic. 1992b.
- Varios, *Le livre noir de l'ex-Yougoslavie. Purification ethnique et crimes de guerre (Documents rassemblés par Le Nouvel Observateur et Reporters sans Frontières)*, Arlea (distr. Le Seuil), París, 1993.
- Veiga, F., "Algunes reflexions sobre l'origen dels nacionalismes balcànics al segle XIX" en A.Cucó (ed.), "Nació i nacionalisme a l'Europa central i oriental", *Afers*, v.VII, nº 14, 1992a.
- Veiga, F., "Los Balcanes: modelos para un desorden", *Anuario Internacional CIDOB 1991*, id., Barcelona, 1992b.
- Vila, M., "Yugoslavia a la deriva", *Afers Internacionals*, nº 12-13, 1988.
- Vujacic, V. y Zaslavsky, V., "La desintegración de la URSS y Yugoslavia y sus causas", *Debats*, nº 40, jun.1992.
- Vukadinovic, R., "La fin de la Yougoslavie et l'instabilité balkanique", *Cahiers du CERi*, nº 4, 1992.